



The Rise of the Meritocracy. El surgimiento de la categoría meritocracia
Yamila Barrera
Política y Comunicación (N.º 2), e020, Reflexiones, 2023
ISSN 2953-3821 | <https://doi.org/10.24215/29533821e020>
<https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/politicaycomunicacion>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata | Buenos Aires | Argentina

The Rise of the Meritocracy **El surgimiento de la categoría meritocracia**

The Rise of the Meritocracy
The Emergence of the Meritocracy Category

Yamila Barrera

Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata, Argentina

yamigbarrera@gmail.com | <https://orcid.org/0009-0009-1187-4145>

Resumen

El texto retoma la novela *The Rise of the Meritocracy*, escrita por Michael Young y publicada en 1958, con el fin de pensar la categoría «meritocracia» y la noción de mérito, tanto en la ficción como en la actualidad. Desde ese plano, el análisis aporta conceptos vinculados a las matrices aristocráticas, los poderes hegemónicos y las representaciones que permiten reflexionar sobre los discursos políticos y las legitimaciones construidas desde el sentido común.

Palabras clave

ficción, meritocracia, educación, desigualdad, discursos políticos

Abstract

The text takes up the novel *The Rise of the Meritocracy*, written by Michael Young and published in 1958, in order to think about the category «meritocracy» and the notion of merit, both in fiction and today. From this plane, the analysis provides concepts linked to aristocratic matrices, hegemonic powers and representations that allow us to reflect on political discourses and legitimations built from common sense.

Keywords

fiction, meritocracy, education, inequality, political speech

Introducción

Michael Young escribió *The Rise of the Meritocracy*, en 1958. En la novela imaginó un futuro distópico con un fuerte anclaje en lo real. La obra contiene afirmaciones y justificaciones documentadas con informes educativos y económicos de la época. Quizás, a partir de ello se convirtió en una fuerte crítica que puso la lupa en la educación como modo de ascenso social, la igualdad de oportunidades, las contradicciones políticas, el descontento social y los históricos resentimientos de clases.

El narrador comienza diciendo que va a realizar un ensayo sociológico sobre los problemas educativos que acarrear desde hace siglos en Inglaterra. Antes de la reforma del Servicio Civil que dependía de la Reina, el ascenso social era hereditario. Las familias terratenientes eran quienes garantizaban la continuidad de su linaje en las altas esferas de poder. Evidencia un complejo contexto político por el reclamo de una mayoría que no podía acceder a educación superior y eso generó a lo largo de los años. Levantamientos que pusieron en vilo a un modelo de país. Young (1958) escribió:

El ritmo de progreso social depende del grado en el que el poder vaya unido a la inteligencia. La Gran Bretaña de hace un siglo derrochó sus recursos condenando incluso a personas con talento al trabajo manual; y bloqueó los esfuerzos de los miembros de las clases bajas por obtener el justo reconocimiento por sus capacidades. Pero Gran Bretaña no podía ser una sociedad de castas si quería sobrevivir como una gran nación, es decir, en comparación con otras. Para resistir la competencia internacional el país tenía que aprovechar mejor su material humano, sobre todo, el talento que incluso en Inglaterra, se podría decir siempre y en todas partes, demasiado escaso. Las escuelas y las industrias se abrieron progresivamente al mérito, de modo que los niños inteligentes de cada generación tenían la oportunidad de ascender. La proporción de personas con coeficientes

intelectuales superiores a 130 no podía aumentarse –la tarea era más bien evitar que disminuyera– pero la proporción de estas personas en trabajos que requerían su plena capacidad se incrementó constantemente. (pp. 14-15, traducción de la autora del artículo)¹

Este sistema feudal sirvió mientras la economía se sostenía con la riqueza de la agronomía y convivió largos años con el avance de la industrialización. La sociedad se fue transformando, pero las nuevas elites seguían brindando culto a la herencia monárquica. Incluso los trabajadores del Estado tomaban las costumbres de sus antepasados, reproduciendo prácticas de la aristocracia:

La aristocracia era la figura paterna en el inconsciente colectivo; su influencia era tan omnipresente que las personas brillantes, con éxito por derecho propio, a veces se avergonzaban de sus humildes orígenes, en lugar de sentirse orgullosas de haberse elevado por encima de ellos. De todas sus características admiradas, la más emulada era la costumbre que se suponía que tenían los aristócratas de no trabajar, o más bien de esforzarse sólo en el trabajo que estaba santificado por no ser remunerado. (Young, 1958, p. 28, traducción de la autora del artículo)²

3

Inglaterra modificó su ley educativa en 1944 y hasta ese momento, niños con alta capacidad intelectual y escasos recursos, debían abandonar la escuela a los catorce años para realizar tareas manuales y aquellas familias con conexiones, o mayor poder adquisitivo, conseguían que siguieran estudiando y accedieran a altos cargos en la gestión estatal. Quienes ingresaban a la «clase administrativa» eran quienes iban a guiar el destino del resto de la población.

Luego de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), EE.UU. comenzó a realizar pruebas de inteligencia (IQ) que llevaron a Inglaterra a demostrar la eficacia de las evaluaciones psicológicas implementadas en la Segunda Guerra Mundial

(1939-1945). Estos estudios se trasladaron al ámbito educativo y sirvieron para justificar la reforma de 1944.

El narrador muestra la importancia de la educación para ascender socialmente y el esfuerzo que hacían los padres para que sus hijos tuvieran un mejor porvenir. La sociedad estuvo en constante tensión por el principio de familia y el de mérito, por ello hace referencia a la importancia de la intervención del Estado para garantizar «la eficacia del sistema ocupacional», porque harían lo necesario para beneficiar a su linaje.

La familia fue una institución que generó lealtad igual que en la época feudal. Se convirtió en un territorio de resistencia y el germen de una fuerte reacción.

Cambios en la educación y un creciente descontento social

4

El crecimiento de EE.UU., Rusia, Alemania y China en el desarrollo industrial, científico y armamentístico, impulsó modificaciones en el sistema educativo. Para 1945, el gobierno inglés detectó que tenía estudiantes universitarios con bajo coeficiente intelectual y se hicieron más notorios los obstáculos del sistema hereditario.

Los socialistas comenzaron a alentar el mérito en las grandes empresas para combatir la influencia y la sucesión familiar. Crearon un nuevo clima social y la presión para obtener mejores oportunidades comenzó a hacerse visible. Se mejoraron las escuelas primarias, la educación secundaria pasó a ser gratuita y hubo más becas para alcanzar los estudios universitarios. Los cambios educativos se trasladaron a los ámbitos laborales.

El Partido Laborista y los conservadores se fueron alejando de sus ideales y esto generó inquietud por falta de representación en las clases bajas.

Los conservadores vieron crecer la meritocracia y se convirtieron en los representantes del progreso. Sabían que tenían que cambiar el sistema educativo y probaron con el modelo norteamericano –que consideraban lo más cercano a una sociedad sin clases–, y como no funcionó, experimentaron con el modelo ruso. Esta búsqueda dejó sus huellas en el descontento colectivo. El malestar crecía y el resentimiento se convirtió en el motor para el cambio social. Los idealistas fueron respaldados por la insatisfacción de quienes creían que el sistema de selección educativa era perjudicial.

Los cambios se fueron dando con lentitud, generando inconvenientes. No había dinero para construir escuelas y el «sistema de selección de capacidades» seguía vigente. La sociedad quería terminar con las clases hereditarias, pero olvidaba que en las tradiciones aristocráticas estaba la particularidad de su cultura. El tema educativo se convirtió en un problema político.

El gobierno invirtió en la educación superior sin ver que tenía que hacerlo en todos los niveles educativos. La industrialización comenzó a quitarles estudiantes de las escuelas para trabajar en las fábricas porque pagaban bien. Entonces, el Estado empezó a costear «asignaciones de mantenimiento» para que no abandonen los estudios. El proceso no fue como se esperaba. Las familias con más dinero elegían la educación privada que les generaba más oportunidades. Nunca habían desaparecido los «derechos de sucesión» para garantizar educación privilegiada. Otra vez la herencia de riquezas volvía a emerger para generar tensiones. Entendieron que para que algo cambie necesitaban una revolución social.

Con el paso del tiempo, las mejores escuelas públicas y las de Gramáticas se fusionaron para proponer un sistema educativo de mejor calidad y las escuelas privadas quedaron obsoletas porque no brindaban ciencia y técnica, que era lo que el mundo laboral requería. Los test de inteligencia (IQ) comenzaron a ser

el modo de segmentar los niveles educativos y fomentar grupos de élite, pero generaban dudas: ¿A qué edad comenzar? Habían empezado a los once años, pero creían que debería ser de más pequeños. También hubo adultos que no podían clasificar sus talentos o que lo hacían de forma tardía. Luego de muchos ensayos vieron la importancia de la educación en adultos y esto provocó cambios drásticos en la evaluación y clasificación a lo largo de la vida:

Por fin se aceptó que, por una cuestión de justicia elemental, ni un hombre ni un niño debían ser juzgados estúpidos hasta que se demostrara que lo eran. La presunción era siempre de inteligencia. Así que a cualquier edad cualquier persona tenía derecho a solicitar cada cinco años una nueva prueba en un Centro Regional de Educación de Adultos, y si sus esperanzas se cumplían, entonces invariablemente se hacía justicia. Se destruía la copia de su tarjeta de Inteligencia Nacional en el Cuartel General y se sustituía por una nueva que contenía la puntuación obtenida en la nueva prueba, de modo que ningún empleador (o prometida) que solicitara de la forma ordinaria su coeficiente intelectual y aptitud jamás sabría de su estatus inferior que había tenido en el pasado. También se decidió en los tribunales que no había obligación de poner nada más que su I.Q. actual en su entrada de Quien es Quien. Un nuevo examen satisfactorio era, en realidad, un nuevo comienzo. (Young, 1958, p. 76, traducción de la autora del artículo)³

Las juventudes que dejaban de estudiar, tentadas por buenos salarios, una vez que estaban en las empresas crecían de acuerdo a la antigüedad. El respeto por la edad era la regla. Esa supremacía de los más grandes llevó a legitimar abusos en otros niveles educativos. Este tipo de estratificación se utilizó hasta que la meritocracia se efectivizó en 1964.

El mérito y el parentesco provocaron antagonismos hasta que la meritocracia se convirtió en el camino de la clasificación y la selección social. Las reglas de

la escuela se trasladaron al mundo laboral. La meritocracia iba a ser una competencia para toda la vida.

Cuando parecía que este modelo empezaba a funcionar, la mecanización de la industria profundizó las diferencias. Como se necesitaba personal calificado, despidieron en oficinas y comercios a los menos inteligentes. Los sectores que habían tenido la clasificación educativa más baja fueron formados nuevamente como «personal de servicio». Al respecto, el narrador afirma que las mujeres tuvieron más oportunidades que los hombres en los empleos de servidumbre. Necesitaban un cambio psicológico para que todo no estallara.

El socialismo apeló a principios religiosos que podían influenciar todos los estratos sociales como lo hizo el Imperio Británico con sus políticas expansionistas. Tomaron la noción de «igualdad» para iniciar la transformación, y sólo acrecentaron la desigualdad. El esfuerzo por hacer crecer la nación permitió el crecimiento de «una casta superior», una clase adinerada que iba a resistir antes de perder sus privilegios.

7

Movidos por el poder, los hombres más calificados empezaron a irse del Parlamento y la «Cámara de los Lores» comenzó a tener más fuerza que la «Cámara de los Comunes», quitándoles representación a las clases trabajadoras. Los representantes de la élite del país reconstruyeron la Cámara de los Lores y la aristocracia se convirtió en el instrumento de la meritocracia.

Ante el clima convulsionado, el Partido Laborista se separó de la clase obrera y se concentró en la clase media. La meritocracia incentivó el individualismo. El narrador resalta que se esperaba el ascenso del linaje y ya no el de una clase.

La paz social llegó cuando reconocieron la calificación del mérito para comparar un trabajo con otro. Con los exámenes de IQ, el mérito se podía ajustar anualmente. Creció la demanda de la distribución en la productividad

y de esta forma se completó el éxito de la reforma. Las mujeres ganaron espacios y se convirtieron en líderes populistas. Para el 2009 se habían unido al sindicato de técnicos, se presentaron en cargos y encabezaron huelgas. Pese a ser capaces, cuando se casaban quedaban excluidas a las tareas del hogar y de cuidado familiar. La meritocracia generó resistencias y las mujeres se convirtieron en una amenaza para el gobierno.

Como modo de perfeccionar el sistema, se implementó una «campaña eugenésica». Se les sugería a las parejas que investiguen la calificación de inteligencia de sus familias para saber cómo sería su descendencia. Eso se llamó «inteligencia genealógica». Luego de cuarenta años de reforma, las elites tenían una segunda generación de miembros calificados y para el 2020 pudieron identificar la inteligencia y aptitudes a los tres años de edad. A través del modo de «transmisión de capacidad intelectual» que venía desde el útero materno, lograron clasificar y agrupar a los más inteligentes desde el jardín de infantes. El procedimiento dejaba una gran frustración y desesperanza en niños con bajos resultados:

Utilizando estos registros, y haciendo todas las concesiones necesarias, la capacidad de la descendencia de cualquier pareja puede predecirse con notable exactitud; y, de hecho, con varias suposiciones sobre los hábitos matrimoniales y las migraciones internas y externas, se han calculado las tendencias y distribuciones de la inteligencia para los próximos 1.000 años. (Young, 1958, p. 180, traducción de la autora del artículo)⁴

La campaña eugenésica llevó a que en el año 2030 se aprobara la «Ley de bienestar de los niños», porque la adopción por el coeficiente intelectual creció tanto que fomentó el tráfico de bebés. Durante más de medio siglo las clases trabajadoras guardaron resentimientos que latían bajo la superficie. El malestar crecía y aumentaron los disturbios.

El último siglo ha sido testigo de una profunda redistribución de la capacidad entre las clases de la sociedad, y la consecuencia es que las clases bajas ya no tienen poder para hacer efectiva la revuelta. [...] Sin inteligencia en la cabeza, las clases bajas nunca son más amenazadoras que una chusma, aunque a veces son hoscas, a veces mercuriales, aún no del todo predecibles. Si las esperanzas de algunos disidentes anteriores se hubieran hecho realidad y los niños brillantes de las clases bajas permanecieran allí, para enseñar, para inspirar y organizar a las masas, entonces habría tenido una historia diferente que contar. Los pocos que ahora proponen un paso tan radical llegan cien años tarde. (Young, 1958, pp. 189-190, traducción de la autora del artículo)⁵

Meritocracia, mérito y merecimiento

En esta sociedad ficcional la educación está en el foco para demostrar la importancia de políticas públicas integrales. Así, el autor buscó mostrar cómo la noción meritocrática fue leída con buenas intenciones y parecía ser la manera ideal para promover la segmentación social, pero no hizo más que reforzar las inequidades históricas de una cultura con raíces monárquicas. Además, podemos identificar terminologías y categorizaciones que se suelen utilizar en la actualidad en discursos políticos con marcada inclinación a ideologías de corte neoliberal.

La novela tuvo inconvenientes para ser publicada por su fuerte carga política. Michael Young fue un influyente militante que escribió el manifiesto del Partido Laborista de Inglaterra en la década del cuarenta. Se interesó por estudios de abogacía, economía, sociología, antropología y psicología y eso se reflejó en su obra. En 1953, fundó el Instituto de Estudios Comunitarios donde exploró sus teorías de reforma social (Butler, 2015). Su trabajo fue referenciado en estudios de las Ciencias Sociales que muestran la porosidad de la categoría

«meritocracia» y la dificultad de asir esa complejidad. Se suele utilizar con asociaciones al «mérito» y el «merecimiento». A la supremacía de los más aptos, capaces y/o talentosos, a la noción justicia, con una impronta religiosa, moral (del bien o el mal) y jurídica, que afirma que «cada uno tiene lo que se merece».

La noción de mérito evidencia tensiones con la perspectiva de igualdad y de equidad social. Para algunos autores, el mérito reproduce y legitima la estratificación de clases y genera la construcción subjetiva que (auto) justifica la desigualdad (García Cívico, 2008). En los últimos años, esta categoría se utilizó en ciertas esferas de la política de Europa, Estados Unidos y América Latina para promover la competitividad y el individualismo. Con discursos de libre mercado, donde la distribución de las riquezas depende del talento y el esfuerzo personal, referentes de la cultura se hicieron eco y comenzaron a instalarlo discursivamente en todos los poros de la sociedad.

En 2001, en el periódico *The Guardian* le hicieron una entrevista a Young donde manifestó su decepción por el uso de la categoría «meritocracia», sobre todo por parte de representantes de la política que no habían leído su obra como una crítica. Desde ese plano, es relevante analizar la novela porque aporta conceptos de una sociedad con matriz aristocrática, donde las elites buscan constantemente recomponer su poder hegemónico pese a las transformaciones históricas. Y también por eso es interesante analizar representaciones que emergen en los discursos políticos para problematizar los valores que instalan, reproducen y legitiman, para visibilizar cómo operan en la construcción del sentido común en el plano cultural de una época (Feldman, 2019).

Referencias

Butler, L. (2015). Michael Young, the Institute of Community Studies, and the Politics of Kinship. *Twentieth Century British History*. 26(2), 203-224.

<https://doi.org/10.1093/tcbh/hwu063>

Feldman, S. (2019). *La conquista del sentido común. Cómo planificó el macrismo el "cambio cultural"*. Continente.

García Cívico, J. (2008). Los usos del mérito. Actas del XVII Congreso de Filosofía de Valencia (pp. 35-49). Universidad de Valencia. España.

https://www.uv.es/sfpv/congressos_textos/congres17.pdf

Péret, R. (2017). A Vida e a História de Michael Young. *Medium*.

<https://medium.com/@peret/vida-e-hist%C3%B3ria-de-michael-young-1bd0b2992bcc>

Young, M. (1958). *The Rise of the Meritocracy 1870-2033*. Penguin Books.

Young, M. (2001). Down with meritocracy. *The Guardian*.

<https://www.theguardian.com/politics/2001/jun/29/comment>

Notas

1 Fragmento original: «The rate of social progress depends upon the degree to which power is matched with intelligence. The Britain of a century ago squandered its resources by condemning even talented people to manual work; and blocked the efforts of members of the lower classes to obtain just recognition for their abilities. But Britain could not be a caste society if it was to survive as a great nation, great, that is, in comparison with others. To withstand international competition the country had to make better use of its human material, above all, of the talent which was even in England, one might say always and everywhere, too scarce. Schools and industries were

progressively thrown open to merit, so that the clever children of each generation had opportunity for ascent. The proportion of people with I.Q.s over 130 could not be raised –the task was rather to prevent a fall– but the proportion of such people in work which called upon their full capacities was steadily raised». (Young, 1958, pp. 14-15)

2 Fragmento original: «The aristocracy was the father-figure in the collective unconscious; its influence so pervasive that brilliant people, successful in their own right, were sometimes ashamed of their lowly origins, instead of proud that they had risen above them. Of all their admired characteristics, the most widely emulated was the habit aristocrats were supposed to have of not working, or rather of exerting themselves only at work which was sanctified by being unpaid». (Young, 1958, p. 28)

3 Fragmento original: «It was at last accepted that, as a matter of quite elementary justice, neither man nor child should be judged stupid until he was proved to be. The presumption was always of cleverness. So at any age any person became entitled, more than entitled, encouraged to apply every five years for re-test at a Regional Centre for Adult Education, and if his hopes were realized, then justice was invariably done. The copy of his National Intelligence card at H.Q. was destroyed, and a new card substituted containing the re-test score, so that no employer (or fiancée) who applied in the ordinary way for his I.Q. and aptitude scores would ever know about the lowlier status he had once had. It was also decided in the Courts that there was no obligation on anyone to put anything more than his current I.Q. in his Who's Who entry. A successful re-test was quite genuinely a fresh start». (Young, 1958, p. 76)

4 Fragmento original: «By using these records, and making all necessary allowances, the ability of the offspring of any couple can be forecast with remarkable accuracy; and indeed, on various assumptions about marriage habits, and inward and outward migration, intelligence trends and distributions have actually been calculated for the next 1,000 years». (Young, 1958, p. 180)

5 Fragmento original: «The last century has witnessed a far-reaching redistribution of ability between the classes in society, and the consequence is that the lower classes no longer have the power to make revolt effective. [...] Without intelligence in their heads,

the lower classes are never more menacing than a rabble, even if they are sometimes sullen, sometimes mercurial, not yet completely predictable. If the hopes of some earlier dissidents had been realized and the brilliant children from the lower classes remained there, to teach, to inspire, and to organize the masses, then I should have had a different story to tell. The few who now propose such a radical step are a hundred years too late». (Young, 1958, pp. 189-190)